

NOTAS

IN MEMORIAM RAUL SANCHEZ ABELENDA, PBRO.

Había algo de legendario en la figura de don Raúl Sánchez Abelenda, del padre Sánchez Abelenda, pues en su Argentina natal no se reserva para el clero regular tal designación, sino que se extiende a todos los sacerdotes. De hecho, creo que la primera noticia que de él tuve, datada en la época que mis amigos argentinos apelaban «brava», esto es, en el período de verdadera guerra civil que desembocó en el gobierno militar de los setenta, resultaba francamente reveladora. Me habían contado la historia increíble, de ahí su carácter legendario, de que durante tal período, siendo el padre Sánchez Abelenda profesor de la Universidad Nacional de Buenos Aires, acudía a dar su curso con dos pistolas enfundadas en sus correspondientes cartucheras, que dejaba encima de la mesa antes de comenzar a perorar, pongamos por caso, sobre la relación entre naturaleza y gracia en la primera cuestión de la Suma teológica del santo de Aquino. El contraste brutal, que ponía delante de los ojos también sin contemplaciones la figura de quien así procedía, indicaba de suyo una personalidad singular, extraordinaria y en absoluto convencional. Comentando esta historia, en la que confieso que siempre encontré algo desmedido al tiempo que algo atractivo, con mi buen amigo el profesor mendocino Rubén Calderón Bouchet —a quien durante la visita inolvidable que le hice a su casa de la calle Salta, en una radiante mañana invernal del último mes de septiembre, requerí para que trazara una semblanza del padre Sánchez Abelenda, no hacía mucho fallecido de modo repentino—, me respondió aquél, con su fino sentido del humor, que probablemente sería verdadera, aunque, como en tantas cosas relativas a éste, hubiera que quedarse con la mitad de la mitad, de manera que llevaría una pistola en vez de dos, y que dejaría en la mesa del aula, pero que no portaría al estilo del *far west*. Me vale, desde luego, la aguda explicación de Calderón, ante el hoy forzoso e irremediable silencio de su protagonista, a quien, desde luego, nunca me atreví, en las ocasiones en que coincidimos, a preguntarle por la realidad de la anécdota. Como quiera que sea, no se negará que abona esa condición atrabiliaria y heroica que acompañó al padre Sánchez Abelenda a lo largo de toda su vida y de la que podríamos dejar aquí muestras valiosas, si no fuera porque las

páginas sabrosas de Rubén Calderón Bouchet que siguen a esta nota, y a las que no añadiría otro matiz que el del uso de la palabra nacionalista, sensiblemente distinto en España —y no me refiero sólo a la dimensión separatista—y Argentina, colman a la perfección tal faceta.

La última vez que le vi, creo que a la salida de la misa de los mártires de la tradición, o quizá de la dinastía carlista —en la festividad de San Carlos Borromeo— de 1995, en la madrileña iglesia de San Fermín de los Navarros, donde acudió en compañía de Rafael Gamba, le encontré igual que siempre, con su vozarrón y su desparpajo. Nada indicaba, pues, un desenlace tan rápido. *Clericorum sors, repentina mors*, me dice el querido Patricio Randle que repetía premonitoriamente —pues, víctima de un episodio cardíaco o cerebral, fue descubierto su cadáver días después del fallecimiento— nuestro cura, lo que choca, al menos en una consideración superficial, con el temor de la muerte súbita siempre manifestado por la escritura y aun la liturgia: *A subitanea et improvisa morte, libera nos Domine* (Letanías mayores). Sin embargo, sin rozar la necesidad de prepararse a bien morir, daba a entender simplemente la bendición que aquélla significa para quienes, con la vida piadosa de los ministros de la Iglesia, viven solos y no tienen quién les cuide en la agonía.

De una manera informal pero intensa —el juicio es también de Patricio Randle—, fue Sánchez Abelenda el discípulo predilecto del padre Julio Menvielle, que, como es sabido, al lado del padre Leonardo Castellani, está en el origen de la renovación espiritual e intelectual del tradicionalismo argentino de este siglo. A la muerte de aquél, se ocupó de reeditar alguno de sus libros, en concreto la *Crítica de la concepción de Maritain sobre la persona humana*, publicado originalmente en 1948 y que su autor anticipó durante una conferencia madrileña de ese mismo año que le valió una discusión con el inolvidable Leopoldo Eulogio Palacios, todavía maritainiano, aunque no por mucho tiempo, pues poco después revisaría sus tesis en el magnífico libro *El mito de la nueva Cristiandad*, fuertemente crítico de la obra del afamado pensador francés, y que se desenvuelve por un cauce cercano al del padre Menvielle, si bien, me parece, con mayor rigor y ponderación. También a instancias de Sánchez Abelenda se reeditó *De la Cábala al progresismo*, al que puso, como al anteriormente citado, una nota introductoria muy ilustrativa sobre la vida y obra del maestro, muerto en 1973.

La actividad docente e investigadora de nuestro hombre fue muy intensa, ligada a la apostólica y siempre militante y con sello. Ordenado sacerdote en Paraná, pronto desempeñó la cátedra de filosofía en el Instituto del Profesorado de Concordia, hasta que, trasladado a Buenos Aires, continuó su labor académica en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, de la que llegó a ser decano. Igualmente fue Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas. Los últimos años, durante un breve período, dictó cursos en el Seminario de Nuestra Señora Corredentora de la Fraternidad de

San Pío X. Amigo de Elías de Tejada, participó con entusiasmo en sus empresas intelectuales, y así fue miembro correspondiente del Centro de Estudios Históricos y Políticos «General Zumalacárregui» y de la Asociación Internacional de Iusnaturalistas Hispánicos «Felipe II». A la muerte de nuestro fundador, ofició uno de sus funerales, en la liturgia inmemorial de la iglesia codificada por San Pío V y azotada por la revolución conciliar. En las páginas de la fraternal *Verbo* española queda constancia de su emotivo sermón. Finalmente, la Sociedad Católica Argentina de Filosofía se lucró también de su participación.

Su producción fue variada y notable. Comenzando por su tesis doctoral, publicada en versión resumida por la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) el año 1969, con el título *La teoría en el pensamiento político de Juan Donoso Cortés*, y que contiene agradecimientos a autores tan significados y significativos como Josef Pieper, Carl Schmitt, Frederick Wilhelmsen o Joseph de Finance, entre otros. La lista de ensayos, extensa pese a la apariencia de una cierta indolencia que ofrecía en su quehacer intelectual y vital, incluye destacadamente sus comunicaciones anuales a la Semana Tomista de Buenos Aires, de la que fue uno de los fundadores y a la que acudió con frecuencia, así como sus colaboraciones en las revistas *Historia*, *Gladius*, *Ethos* y *Philosophica*. Estas tres últimas me parecen especialmente ejemplificadoras de la sabia combinación que cultivaba de apostolado intelectual y altísima especialización científica. La primera, continuadora de *Mikael* —la revista del Seminario de Paraná, que reunía la inteligencia católica resistente a la «autodemolición» consecuente al último concilio— y que tiene por puntales a nuestros amigos Rafael Breide y el padre Alfredo Sáenz, S.J., quizá sea, tras nuestra *Verbo*, una de las más destacadas en el panorama del catolicismo tradicional de todo el mundo. La segunda, del Instituto de Filosofía Práctica del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET), es obra de Guido Soaje, en alguna manera uno de los comunes maestros de los tomistas argentinos. Y la tercera, de la Universidad Católica de Valparaíso, tiene la huella profunda y seria de su director, el siempre admirado Juan Antonio Widow, por donde se expande también el magisterio del llorado padre Osvaldo Lira. Precisamente, en el último número de ésta se publica póstumamente uno de los ensayos inéditos de don Raúl. Para terminar, ha de destacarse su colaboración con el Instituto «Oikos», también del CONICET, dirigido por el benemérito Patricio Randle, muestra de la cual es su participación en el colectivo *El fin de la historia* (Buenos Aires, 1993), en el que trata de «el sentido de la historia», comprobación magnífica de una de sus grandes especialidades, la filosofía de la historia, que dominaba con extensa erudición, en particular el pensamiento de Giambattista Vico y de Carl Schmitt.

Espíritu profundamente cordial, su muerte ha dado lugar a numerosas muestras de pesar, reflejadas en múltiples necrológicas de amigos y discípulos. Precisamente en razón de las mismas, para acabar, se me antoja precisa una explicación de su entrañada y vivida fidelidad a la Iglesia, algo que no debiera ser

necesario recordar de un sacerdote, si no fuera porque hoy no puede darse nada por supuesto y por, en el concreto caso que nos ocupa, algunas incidencias de su vida, ocasionadas por la incomprensión que tantas veces encontró en la jerarquía su defensa apasionada de la ortodoxia y su no menos apasionado combate del error. *Quand il y a une éclipse, tout le monde est à l'ombre*, ha titulado Jean Madiran, utilizando una sabia advertencia de Péguy, el libro que dedicó al desenlace —misterioso y doloroso— producido en 1988, con las consagraciones episcopales realizadas por monseñor Marcel Lefebvre contra la prohibición de Roma, de la resistencia tradicionalista a la crisis conciliar. En efecto, cuando el magisterio se difumina en tantos y tantos terrenos, o cuando llega al menos —merced al lenguaje con que se presenta— difuminado, que los ortodoxos sean arrojados a la indisciplina y aun excluidos jurídicamente de la comunión eclesial, es algo misterioso y doloroso. Sánchez Abelenda bramaba, y con qué tonos, contra la defección modernista de la Iglesia contemporánea. Y muy según su personalidad fuerte, sus excesos iban más por el inconformismo que por la adaptación. Todo lo contrario que muchos otros sacerdotes amigos, santos y sabios, que, por múltiples razones que no osaré calificar, si de algo han pecado ha sido de retorcer mil evidencias para que los nuevos aires eclesiales encajaran en un cuadro difícilmente digerible desde la Tradición. Por eso, de cuando en cuando, no nos vienen mal hombres del temple y del talante del padre Sánchez Abelenda. Pues, con sus excesos, permiten que la barca de Pedro prosiga su rumbo en el proceloso piélagos de las aguas del siglo. *Nos beatificamus eos qui sustinuerunt*. Decididamente, sí: honramos a los que se sostuvieron. Que son los que nos sostienen. Ahora, ay, cada vez más, sólo desde el cielo.

MIGUEL AYUSO